

SE PUBLICA LOS JUEVES  
VEINTE CÉNTIMOS

# Los Apuntes

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
ALCALÁ, 127, PRAL.

DIRECTOR: ENRIQUE LÓPEZ MARÍN

AÑO I

Madrid, 30 de Agosto de 1894.

NÚM. 8

BARAJA ARTÍSTICO-TEATRAL



## EL CINCO DE COPAS

La elegante actriz Carlota Lamadrid; el ilustre maestro Caballero; Larra, el escritor de abolengo; el notable actor Vallés, y el ingenioso Arniches, forman el cinco de copas de nuestra baraja. Con la enumeración de esos nombres, estamos absueltos de todo elogio. ¿Para qué más notas biográficas?



## CHARIVARI

Nuevo sport.—Último esfuerzo del ingenio humano.—Los curas y los toros.—Un presbítero que no quiere que se baile.—El último vals.—Un nacimiento y un guarda del resguardo.—Los hijos de Hipócrates.—«Guerrita» en un barco de guerra.—Los antecedentes de ordenanza.—Colmos.

**S**e nos ha presentado en escena un nuevo sport. El sport postal. Según anuncia *La Correspondencia*, han dado principio en el velódromo de la Castellana los ensayos de los carteros para el nuevo servicio postal por medio de la bicicleta.

¡El progreso lo invade todo!

Va á dar gusto ver por esas calles á los carteros repartiendo la correspondencia en bicicleta.

¡Y qué *record* tan pintoresco el del correo interior!

Y se pueden organizar brillantes carreras con premios para el que llegue antes al buzón.

Ya lo creo.

A ver quien pierde antes las cartas.

De seguir así las cosas, va á ser necesario para cualquier profesión ser un perfecto *sportman*, hasta el punto de que el día de mañana no será extraño que exijan á los sacerdotes que hagan oposiciones á una canongía, saber correr un toro por derecho.

\* \*

El alcalde de Navella (Navarra), atendiendo á las indicaciones hechas por el cura, ha prohibido terminantemente que se baile el vals hasta que le salga de la sotana al párroco, que en esta ocasión, y á pesar de no gustarle el baile, se ha salido por peteneras.

Los del pueblo están indignados y piensan alzarse ante el obispo, el que seguramente dirá que no conoce más baile que el de San Vito, y que no tiene de Vals otra noticia que las de ser unas excelentes aguas minerales.

Y es que el cura prefiere que bailen todo, incluso la danza serpentina, antes que el vals.

De modo que no hay que darle vueltas.

Los mozos tendrán ó no razón; *¡pero que les quiten lo bailado!*

Digamos como el P. Claret, el protector de Sor Patrocinio, aquella especie de Madre Seigel:

*¡Oh, joven que vas bailando!*

\* \*

Leo en un periódico de provincias y palidezco:

«Una joven llamada Ramona Martínez, se sintió atacada de fuertes dolores de parto en ocasión de pasear por el Camino nuevo.

A los pocos segundos, y sin que tuviera tiempo más que para apoyarse en un dependiente de consumos, que cerca se hallaba, dió á luz una robusta niña, casi encima del citado dependiente.»

En vista de lo que propongo dos cosas:

1.<sup>a</sup> Que á ese Camino nuevo se le cambie el nombre por el del Buen parto.

2.<sup>a</sup> Que á ese dependiente le muden de puesto y le den un traje, porque si no le van á tomar por colchón benéfico.

¡Ah! Y además un ascenso.

Por lo menos *fiel de fechos*.

\* \*

¡Parece increíble que haya quien diga que un título académico no sirve para nada!

Y para confundir á los que opinan lo contrario, copio este suelto publicado en el *Heraldo de Madrid*:

«Ganga efectiva.

La plaza de médico titular de Escorial de la Sierra

está vacante, y tiene de dotación 10 pesetas anuales.»

Nada, que es una tentación.

¡Y hay quien llama á los médicos *materialistas*!

¡Diez pesetas! ¡Pero, en fin, gracias á las dietas!...

\* \*

Ni la famosa retirada de los Diez mil, ni la de Carlos V al Monasterio de Yuste, ni la de Fabié á su laboratorio, han sido objeto de tantos comentarios como la retirada de Rafael Guerra, el califa, como le llaman algunos de Damasco, que á la hora presente y á creer á sus íntimos seguirá poniendo cátedra de toreo—esta frase no es mía, conste—y seguirá matando toros mientras tenga *facurtaes*.

Y como si la sola discusión de si debía ó no retirarse no hubiera absorbido por completo toda la opinión, un suceso de más bulto y más trascendental ha venido á colocar la figura del diestro cordobés á la altura de la pirámide de Ramsés, por lo menos.

Me refiero á la visita que hizo al *Venadito* y á la polvareda que este suceso ha levantado, hasta el punto de que el Ministro de Marina, que creo que se llama Pasquín, ha tenido que intervenir en el asunto, entendiendo que todos nuestros prestigios y gloriosos fueros habían sido prostituidos por haber pisado la cubierta de un buque de guerra un matador de toros.

No merece el asunto las proporciones que se le han dado.

Porque lo que diría Guerrita al capitán del barco: —Si usted capea al temporal, yo capeo lo que sale por el chiquero, y *pata*.

Y además que hay el antecedente de que Mazzantini y La Granier han estado en el propio *Conde de Venadito* y nadie les puso la proa.

Lo cierto es que á Mendicuti le han echado la escandalosa.

\* \*

Colmos:

El de un peregrino: llegar y besar el santo.

El de un tenor: cantar la palinodia.

El de un sepulturero: hacer una fosa... nasal.

El de un carpintero: cepillar las tablas de la ley.

JORGE FLORIDOR

## VEJECES

(En el álbum de una señorita de Lugo, donde, por lo visto, todavía hay álbums.)

Al llegar á mi edad, la primavera se parece al otoño, á su manera.

Pensando en el amor, que ya no siento, aprendo á despreciar el pensamiento.

Cursa la ciencia del vivir y advierte que el grado de doctor lo da la muerte.

Fueron, en otra edad, los ruiñeños, para mí, los teólogos mejores,

Por mujer, bella y joven, te deseo que creas al leerme que chocheo.

CLARIN



SE DESCUBRIÓ EL PASTEL



Vivimos en la casa  
de mi patrona,  
que tiene la sirvienta  
más remonona  
que hay en la tierra,  
tres pupilos que nunca  
la damos guerra.



Ayer dijo ésta al ama:  
—Vengo notando  
que á la cocina un huésped  
de cuando en cuando,  
va de puntillas...  
y empieza á pellizcarme  
las pantorrillas.

Don Luis Tirillas, hombre  
metido en años  
que es tonto, según dicen  
propios y extraños;  
Pedro Alegrías  
y un servidor de ustedes,  
lectoras mías.



Don Luis una persona  
tan seria y grave,  
no es el de esas bromitas...  
¡qué duda cabe!  
—Esté usted alerta,  
la dijo el ama, y mire  
siempre á la puerta.



Don Luis gasta peluca  
con muchos rizos  
y los dientes los lleva  
también postizos;  
porque es tan viejo,  
que el infeliz no puede  
con el pellejo.



—No puedo; estoy de espaldas  
siempre mirando  
los platos y cazuelas  
que voy limpiando.  
—¡Será algún mozo  
de esos dos, que les gusta  
tanto el retozo!

Perico, el otro huésped  
que está encargado,  
en no sé que oficina,  
de un negociado,  
ese es buen chico  
y es amigo de juergas  
joven y rico.



—No sé, pero aseguro  
que el atrevido  
que tan mal se conduce...  
¡ya está lucido!  
¡porque prometo  
que le dejo sin muelas  
al tal sujeto!



Sin que de ello se entere  
nuestra patrona,  
Pedro y yo siempre andamos  
tras de Ramona,  
que es la criada...  
Y eso que es tan adusta  
la condenada!



A la tarde siguiente  
se oyó un estruendo;  
á la cocina el ama  
se fué corriendo,  
medio asustada...  
¡y halló una dentadura  
junto á la entrada!

El pobre D. Luis vive  
como un asceta;  
como es su genio dulce  
nada le inquieta  
¡sólo se encona  
cuando nos ve jugando  
con la Ramona!



Y ya se puso en claro  
cuestión tan grave,  
porque al fin en el mundo  
todo se sabe...  
¡Que era Tirillas  
quien tocaba á Ramona  
las pantorrillas!



José RODAO



## DE VERBENA



MADRID se divierte.

O por lo menos, hace como que se divierte.

¡Dichoso el que se va de Madrid en estos meses de ardores caniculares, á refrescar sus pulmones con las salobres brisas del mar, ó con los efluvios embalsamados de los tomillares de la sierra! Para ellos es el mundo.

Para nosotros, para los desdichados que no tenemos dos pesetas ni de donde nos vengan, son el calor que nos derrite los sesos y la atmósfera palpable y cortable que se respira en las calles de la coronada villa.

Pero consolémonos, que no en balde rige el mundo la ley de las compensaciones.

Ellos, los que se van, podrán gozar á sus anchas de una temperatura más piadosa que ésta y refocilarse zambullendo sus reseos miembros en la *onda amarga*. Nosotros, en cambio, quedamos en libertad de verter sobre nuestras cabezas el *apacible chorro* de un botijo al compás que suben de la calle los ecos de la verbena, la fiesta clásica del buen pueblo madrileño.

Yo no sé, ni me he metido en averiguarlo, qué relación guardarán entre sí estas fiestas populares y la flor de encendidos pétalos que en nuestras aldeas de Levante y Mediodía sirve entre los mozos de premio y recompensa á la belleza de las mozuelas; pero lo cierto es que se llaman del mismo modo, y acaso con sobrado motivo, porque ¿qué son al cabo y al fin las verbenas—aparte su carácter típico—sino certámenes de la hermosura y del donaire?

La flor de la verbena la obtiene de los mozos, por votación unánime, la más guapa del lugar. Aquí suele ocurrir que se adjudica el premio á la que más envidias despierta entre las mujeres y más codicias entre los hombres.

Es una forma de sufragio que tiene su filosofía; pero dejando ésta á un lado, y volviendo al asunto principal, hay que convenir en que, con las verbenas, quedamos indemnizados con creces de estos calores sofocantes y de este sol de justicia que achicharra la sangre.

El mes de agosto es un mes terrible para los *verbenófobos*, mientras que, por el contrario, es un mes adorable para los *verbenófilos*. Apenas hay calle, por apartada que esté, que no celebre con dos ó tres bailes públicos la fiesta de su santo patrono.

Las verbenas son para los hijos de Madrid algo esencial de que no pueden prescindir.

Priváranse antes ¿qué diré? de ir á los toros, que de bailar un par de polkas íntimas en el día clásico de la verbena de su barrio.

¡Y qué emulación la que se despierta en ellos porque su verbena sea la mejor de todas las del distrito!

Los barrios bajos se pintan solos para esto. Adornan sus salones con todos los adelantos de la época. El Ma-

drid típico, bullanguero y animado, tan magistral y saládisimamente descrito por López Silva, es, en realidad, el que monopoliza esta fiesta.

El farolillo de papel á la veneciana y el verde ramaje cedieron ya sus puestos á los centelleos de la luz eléctrica, á los ondulantes gallardetes y á las bizarrías de la brocha gorda; demostrándose con esto que, si todo cambia en este mundo, permanece, sin embargo, inalterable el carácter de la gente, siempre dispuesta á divertirse, ya sea á su propia costa, sea á costa del prójimo. Hay en el mundo todavía muchos boticarios y chulapas...

La copla popular atribuye á San Antonio la primacía en esto de las verbenas, sin duda por ser el bendito paduano el patrón de las niñas en estado de merecer: pero, *digan lo que quieran los termómetros*, antes que todas está la romería de San Isidro, que es la que verdaderamente rompe plaza en estos regocijos populares, dando ocasión á las hembras buenas para lucir sus mantones de Manila, verjeles ambulantes que se deshacen en lluvias de flecos vaporosos, como el sol en lluvia de encendidas hebras vivificantes.

La aristocracia ha querido imitar en sus hoteles suntuosos ésta que es fiesta característica del pueblo: pero siempre resultará, por más que se esfuerce la nobleza, que no se respirará en sus verbenas el aire ambiente de las auténticas, clásicas y típicas de los barrios madrileños.

Ocurre, pues, con esto, lo mismo que con las rosquillas de la tía Javiera. Las *viles* falsificaciones no pueden prosperar.

Pero, por lo que vamos viendo este año, el paternal Ayuntamiento de la heroica villa sigue en sus trece, llevando á sangre y fuego *eso* de no permitir que se baile en medio de la calle.

Desdicha mayor no han podido discurrir jamás los ediles del pueblo. ¡Como que por eso no va á instalar cada barrio en fiesta treinta ó cuarenta salones... ¡*Pa chasco!*

Es lo que decían dos chulas en la calle de Embajadores:

—*¡Míá tú que no querer que pongamos salón este año...*

—Pues que se les quite eso de la cabeza á los señores del Municipio.

—Como el Alcalde, aunque quisiera, no podría bailar...

—Pues... eso.

MARINO ALONSO

## EPIGRAMA

Defendiendo á un escritor muy malo, dijo García:  
—Aun puede hacer algo bueno porque es joven todavía.  
Y al oír esto, contesta Gutiérrez, que es muy bromista:  
—¿Que puede hacer algo bueno? Si; no escribir en su vida.

EDUARDO GUILLAR



## LOS GARBANZOS

**H**ACE algunos años conocí en un pueblo de Castilla la Nueva, pueblo cuyo nombre no hace al caso, á un modelo de laboriosidad, un maestro de escuela, honrado si los hay (como dice la gente, y que á mí me parece una barbaridad), al que cada puñado de garbanzos costaba una epopeya de sufrimientos, trabajos y humillaciones.

D. Prudencio se llamaba mi hombre, y nunca se vió aplicado ningún nombre con tanta propiedad á sujeto como al del pobre profesor de primeras letras de...

Este no tenía otros bienes que su sabiduría y una sobrina jóven y bonita que le había regalado al morir un su hermano y padre de la chica.

Lucigüela ó Lucía, que así se llamaba la muchacha, era una joya por lo hacendosa y lo bonita, habiéndola llegado á tomar tanto cariño D. Prudencio, como si en vez de sobrina fuese su propia hija.

El pobre maestro era protegido por el alcalde que, según malas lenguas, era el vecino más inútil del pueblo, pero el que más entendía de manejos electorales; por lo cual era casi un personaje en aquella comarca, sin necesidad de empuñar la vara de la justicia.

D. Prudencio, como niño mimado por la primera autoridad del lugar, desempeñaba además los cargos de sacristán, secretario, pregonero y lector del alcalde, el que todas las noches le visitaba con el objeto de que le leyese *La Correspondencia de España*, periódico al que estaba suscrito.

Generalmente, al empezar la lectura de la segunda plana, D. Prudencio observaba que el auditorio, compuesto del alcalde y Lucigüela, impresionado por las noticias graves de alta política, dormía profundamente.

Entonces suspendía la lectura durante algunos segundos, tomaba un polvo de rapé y encendía un cigarro de papel, fabricado con elementos que encontraba en la petaca del alcalde.

Este, á lo mejor despertaba preguntando:

—¿Cómo es eso de Francia?

Por supuesto, que la pregunta hacía referencia á los párrafos que el maestro había leído media hora antes.

D. Prudencio, sin desmentir ni siquiera una vez su nombre, leía de nuevo y satisfacía la curiosidad del alcalde.

Aparentemente no se podía pedir más felicidad relativa á los tres sujetos que se veían reunidos todas las noches en aquella casa; pero el que conocía los secretos del maestro ya sabía que no era todo oro lo que relucía.

D. Prudencio sufría privaciones tales, que no podían ocultarse á la maliciosa curiosidad del alcalde.

—¿Qué tal se ha cenado esta noche, maestro?—preguntábale el tío Pelele, que así llamaban en el pueblo á la primera autoridad, á causa de su esbelta figura.

D. Prudencio se desatendía de la estúpida pregunta del alcalde.

Un día descubrió el maestro otra desdicha que hasta entonces no conocía. El tío Pelele estaba enamorado de Lucigüela, que por su parte aborrecía al alcalde entrañablemente.

Había llegado por aquel entonces al pueblo un nuevo médico, joven, apenas salido del Colegio de Madrid, y que ganó por oposición el partido.

El muchacho había visto á Lucigüela y ésta se había fijado en el joven doctor.

Se miraron la primera vez con esa particular curiosidad, con esa inteligencia que manifiesta la reciprocidad de afectos: parece como que las miradas del uno van á herir el corazón del otro cuando se miran dos jóvenes que están destinados para amarse. Hay algo de eléctrico en esos rayos que lanzan los ojos de la juventud que se apasiona, como dice un escritor notable, por lo estrambótico y ramplón de sus producciones.

Lo cierto es que Lucía y Luis, tal era el nombre del joven, se vieron y se amaron, y como es costumbre, una vez terminada su carrera, Luis pensaba en tomar estado, que es lo mismo que volver á tomar carrera, cuyo fin no se conoce.

Un día halló á Lucigüela en la calle y la dijo que era bonita y tantas cosas más, que la chica, aunque no comprendía bien el lenguaje de Luis, no se le ocultaba su cariño, que el idioma del amor es universal.

Pasaron los días y el alcalde se decidió á pedir la mano de Lucigüela ó á tomarla con ó sin permiso de D. Prudencio.

El maestro consultó á su sobrina sobre el particular y Lucía manifestó con toda franqueza su aversión al tío Pelele.

—Esa resolución nos pierde—exclamó D. Prudencio, que adivinaba ó presentía las consecuencias de aquellas calabazas *in facie alcalde*.

—Yo no le quiero ni puedo quererle—repuso Lucía—y no he querido engañarle ni mentir.

—Pero desdichada, ¿tú no comprendes que ese hombre puede dejarnos en la miseria?...

—Poco nos falta, tío.

—Tienes razón—afirmó con tristeza el maestro.

—Yo trabajaré y á usted no le faltará nada; si me hubiera usted dejado, hace mucho tiempo que yo me habría puesto á servir y...

D. Prudencio abrazó conmovido á su sobrina.

—Eres un ángel, Lucía, y yo no puedo consentir... demasiado trabajas; pero hija, yo no puedo más. ¡Cuestan tantos sudores los garbanzos!

Las cosas sucedieron como D. Prudencio había previsto; en un día recibió el cese de los cargos infinitos que desempeñaba, quedándose sólo con el de maestro, base de toda su fortuna, cargo profesional



que servía gratis, aunque con aparente consignación anual de 520 pesetas y gratificaciones.

El tío Pelele, el poderoso tío Pelele, el hombre importante de aquella comarca, había retirado su protección á D. Prudencio y jurado vengarse de la negativa de la muchacha, sitiando por hambre al uno y á la otra.

Pero lo peor del caso era que Luis no se había declarado todavía á la muchacha; se contentaba con alabar su hermosura y sus gracias, locual, según malas lenguas, también hacía con respecto á otras muchas mozas, y paren ustedes de contar (si algo contaban).

La situación del pobre maestro era aflictiva. Lucigüela se consumía por momentos, más que de hambre, de desesperación, de pena, al ver que el joven doctor no se acordaba de ella.

Sin embargo, Dios mejora sus horas, decimos algunas veces, y es verdad; Luis llegó á decidirse á dar el paso y se presentó en casa del maestro. Una oculta simpatía hacia D. Prudencio y particularmente hacia su sobrina, habíale hecho aborrecible al alcalde, de cuya inicua conducta tuvo conocimiento.

Al tío Pelele, por su parte, no se le ocultaba que Lucía miraba con buenos ojos al doctor. En su rabia pensó también en quitar al médico su plaza: reunió un día á los concejales, sus compañeros y dignos amigos, y citó al médico para que ante la respetable Corporación hiciese el programa de su ministerio.

Los miembros de la Corporación ilustre se hallaban de acuerdo y dispuestos á secundar en sus deseos al poderoso alcalde.

—¿Qué piensa usted hacer con los enfermos que hay pendientes?—preguntó el tío Pelele al doctor—porque nosotros podemos echarle á usted lo mismo que le hemos traído, y...

Luis soltó la carcajada, pero procuró contenerse y sacar partido de la estupidez de aquellos caballeros. Así fué, que reponiéndose un poco de su sorpresa, contestó intencionadamente.

—Concluir con ellos, señor alcalde.

Perola intención del médico pasó desapercibida.

—¿Y de los que han de morir ogaño?—tornó á preguntar el alcalde—¿á cuántos promete salvar?

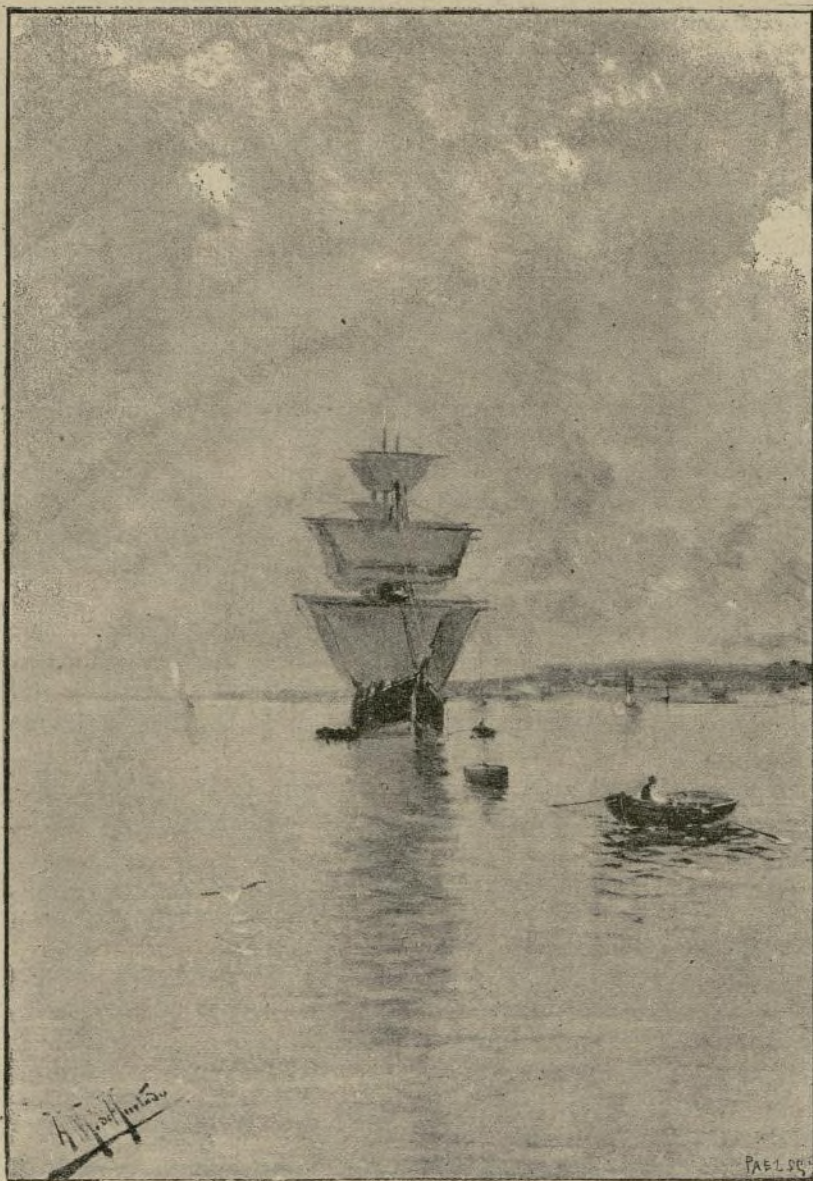
—¿De los que han de morir?—contestó con grotesca gravedad y mordiéndose los labios el doctor—de los que han de morir á ninguno.

—Pues en ese caso—dijeron casi á coro los concejales—no necesitamos médico; conque ya está usted demás en el pueblo.

Pero á despecho del Municipio y como no bastaban aquellas formalidades para dar el cese al médico, éste continuó en el pueblo y algunos días después se casaba con Lucía.

El tío Pelele murió del sofocón, según unos; de una paliza que recibió en las últimas elecciones, según otros; Lucía es hoy una cariñosa y tierna esposa y madre de un niño de muy corta edad; Luis vive muy contento y D. Prudencio ha dejado de ejercer, porque Luis y Lucía le han asegurado ya los garbanzos para el tiempo que le resta de vida.

E. DE LUSTONO

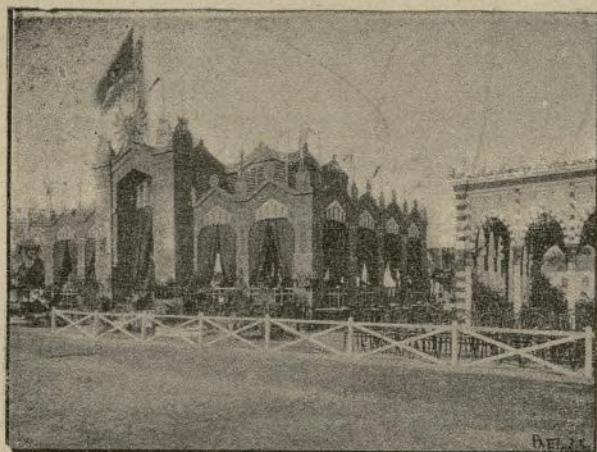


EN EL PUERTO DE MÁLAGA  
Marina de Hurtado.

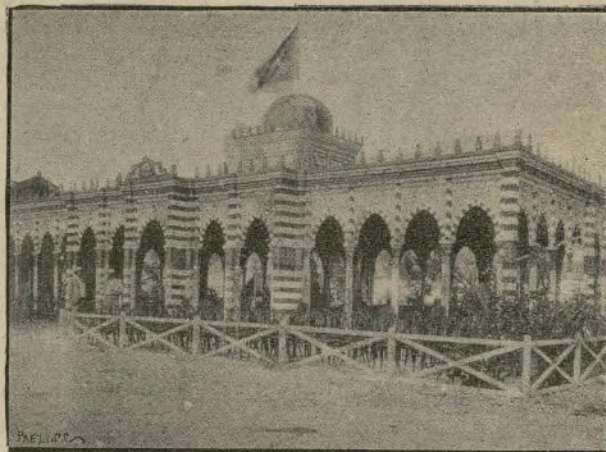


# LA FERIA DE MÁLAGA

(Fotografías de Osuna, remitidas por nuestro corresponsal).



CASETA DEL AYUNTAMIENTO



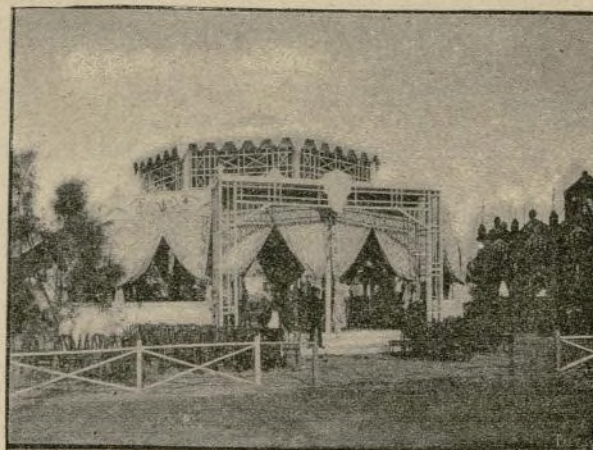
CASETA DEL CÍRCULO MERCANTIL



VISTA DEL REAL DE LA FERIA

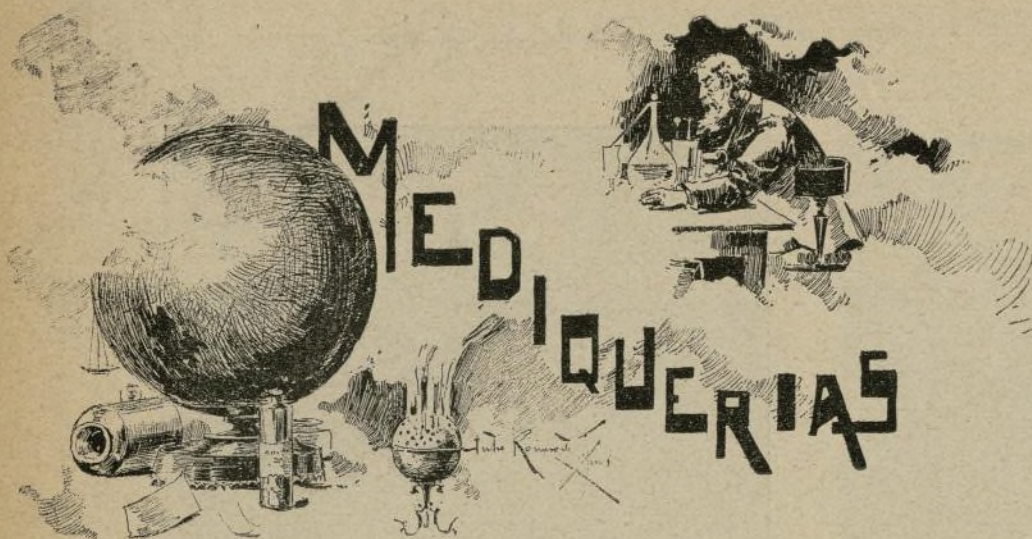


CASETA DEL CENTRO MILITAR



PABELLÓN DEL LICEO





**H**AY médicos y... médicos.

Hecha ya una salvedad importante con esta perogrullada, puedo, tranquilo mi espíritu, ocuparme de la respetable estirpe de los Galenos, á la que venero, admiro y aun llamo en cuanto me duele algo.

No incluyo en estos dolores á los que suelen darme en el hipocondrio al oír una oda de Chesté ó un discurso de Aguilera, por que esos sufrimientos, bien mirado, son más morales que físicos.

Hay médicos verdaderos y apócrifos, doctores de pacotilla, vamos al decir.

Pero á unos y otros los considero como artistas y los respeto. Yo, en un cuadro, por malo que sea, veo siempre arte, ó intención meritoria de que lo haya, y en las recetas veo arte también, y eso que me sucede lo que á unas monjas de mi tierra que celebrando los salmos del coro, exclamaban: «¡Qué buenos son! ¡Qué magníficos! ¡Y eso que están en latín y no los entendemos, que si los comprendiésemos...!»

La medicina antes era muy difícil, pero desde que se han vulgarizado tanto las ciencias es fácil y aun sencilla de ejercer y pasar por una eminencia en cualquiera parte. No hay más que seguir el sistema de un amigo mío, bastante bruto, por cierto, que tiene reputación de médico notable.

Se llega á la casa, se ve al enfermo y cuando cualquiera de la familia pregunte:

—¿No le parece á usted bien que le demos un purgantito?

—Sí, señora, indicado: administrarle un purgante ligerito y ya verá usted.

—¿Y una cataplasma de linaza en el abdomen? apunta un pariente cura y algo letrado.

—¡Excelente! póngansela ustedes que será de bonísimos efectos.

Dos visitas más con mucho de tomar el pulso reloj en mano, mirar la lengua, tocar la parte dolorida y el sacramental «que siga con lo mismo», y si al tercer día se muere el enfermo, se manda la cuenta y asunto concluido.

Conviene advertir que todos los médicos son doctores; no he visto uno que no lo sea, como tampoco ví zapatero remendón que no fuese maestro. Coinciden en

esto y en que ambos recomponen á la humanidad aunque en distinta esfera.

Pero desde el médico rural que visita á lomos de un mulejo y cobra en especie, trigo, huevos, cebada, etc., hasta las notabilidades de la Corte que van en berlinas arrastradas por tronco de precio, creo yo que todos cumplen una elevada misión como esbirros de la sabia Providencia, que quiere por su medio quitarnos pronto de las desdichas de esta vida y llevarnos á gozar las bienandanzas de la otra.

Verdad es, que muchas veces ayudan los parientes del futuro difunto con la sabia administración de las prescripciones facultativas.

Un Bergman de pueblo, puso una vez una receta y, entregándola á la mujer del paciente, dijo:

—Le das unturas con esto.

Al día siguiente volvió y el infeliz se retorció como rabo de lagartija.

—¿Le hicieron lo que mandé? preguntó sorprendido el médico.

—Sí, señor, gimió la atribulada esposa, y mire usted como está el papelito de tanto restregarle...

¡Le habían dado la untura con la receta misma!

Cierto catedrático de disección, que anda por ahí bueno y sano, amostazado una mañana por no tener cadáveres con que enseñar á matar á sus alumnos, llamó al conserje de la Facultad y se encaró con él, diciéndole lleno de coraje:

—El conserje cuidará de que mañana haya cadáver; es un escándalo este hospital, no suministra el material de enseñanza necesario.



Las facultades de un médico son omnímodas; ellos y los confesores se pueden enterar de los secretos más hondos y... ¡cuántas cosas tienen que ver! (los médicos, no los sacerdotes). A un gótico conozco que daría diez años de vida por estar un cuarto de hora en el



pellejo del doctor que visita á una interesante duquesa, tan hermosa como anémica.

Pero ellos no paran mientes en estas menudencias, como no las paran en la muerte: todo es acostumbrarse. Para los médicos somos *casos* y el que reviente un prójimo, cosa tan natural como que un vecino estrene sombrero.

Los hay con prurito de recetar que ponen fórmulas como la siguiente, que leí yo mismo en una farmacia:

De hierro viejo. . . . . 4 clavos.  
De astillas de quina. . . . . un puñado.  
De agua. . . . . dos jarros.

Mézclese.

De mandar sangrar á un muerto se han dado mil casos; y á todos nos pregunta el médico en cuanto lo llamamos: ¿qué tiene usted? Sin comprender que si uno supiera lo que tiene, maldita la falta que él hacía.

En lo único que encuentro propio el tecnicismo patológico, es en que todos decimos:

—Vamos á *ver* al médico.

Y no

—Vamos á que nos *cure* el médico.

Que no es precisamente lo mismo.

Un doctor solo ya es una calamidad, pero dos, son peor que un cataclismo: en cuanto se juntan suelen tirarse los trastos á la cabeza, mientras se muere tranquilo el enfermo.

Y luego ya se sabe á quien culpar, porque hoy, gracias á Dios, tenemos á quien atribuir todas nuestras dolencias: la tisis es un microbio; el tabardillo, el cólera ó una pierna rota, microbios también; el cólico *cevráo*, ó entreabierto, ó de par en par, no es sino un microbio quien lo produce.

Yo, al ver entrar al médico en la alcoba de un enfermo, hasta se me figura que anda á lo *Guerrita* y espero de un momento á otro verlo tirar la montera diciendo:

—*Va por ustés, cabayeros.*

En fin, el cielo libre á ustedes de caer en manos de alguno como el de una aldea en que yo estuve; yendo el buen señor una noche oscura como boca de lobo por una calle, se le acercó un pobre, que lo había conocido por el bul-  
to, y le dijo:

—¡Don Andrés, párese usted que me estoy muriendo!

El otro le tomó el pulso y refunfuñó, llevado de la costumbre:

—Abre bien la boca y saca la lengua.

¡Quería vérsela en la obscuridad!

J. MARTINEZ DE LA VEGA



## LÁGRIMAS DE COCODRILO

TE he dicho un millón de veces que me fastidian tus lágrimas; que encuentro muy enojosa la obligación de enjugarlas;

que te estropeas los ojos; que tanto llorar te mata, y que si al menos lo hicieras con razón justificada,

me explicaría tu llanto... ¡pero es una triste gracia ver que siempre lloras por un quitame allá esas pajas!

Que yo no he nacido sólo para contemplar tus gaitas, es cosa que ni merece la pena de demostrarla,

sobre que tengo otras muchas tareas más necesarias en qué pensar, y no debo por culpa tuya olvidarlas.

Verdad es que soy tu novio desde hace unas dos semanas, y que eso, hasta cierto punto, me obliga á sufrir tus latas;

pero ya estoy aburrido de ser tu paño de lágrimas, pues te quiero para cosas bastante menos amargas.

Si no logras *comprimirte*, vas á tener cataratas; y antes que ser tu marido prefiero tirarme al Niágara,

pues sólo en medicamentos, colirios y cataplasmas,

iba á salirme la boda por un ojo de la cara...

Va tienes uno con nubes, y aunque digas que «no es nada lo del ojo», no lo creo, ¡porque eso á la vista salta!

Si no lo pones en cura y el otro se te contagia, más que ojos van á ser dos huevos pasados por agua,

lo cual que lo sentiría, morena, con toda el alma... pues no he pensado en casarme con una mona de Pascua.

Déjate, pues, de pamplinas que no conducen á nada más que á ponerte los ojos al nivel de los de Cánovas,

y no te olvides, morena, de que eres un poco chata... por lo cual ni tienes sitio para ponerte unas gafas

Amén de estas reflexiones, hay otra razón, ¡caramba! para tí de mayor fuerza que todas las apuntadas,

y es que teniendo, cual tienes, la dicha de ser muy guapa, te pones en cuanto lloras lo mismo que una tarasca.

Dispénsame la franqueza; y aquí termino mi carta, porque ahora... ¡ya estoy seguro de que cesarán tus lágrimas!

CARLOS MIRANDA



## LA ESTATUA DE BRONCE



La gloria, mujer enamorada de quienes la desprecian, no es un vapor que trastorna el magín de los hombres discretos, no es vanidad enana, apetito del orgullo ni cáncer que come las carnes de los pecadores, según afirman los autores místicos: es una necesidad del espíritu.

El amor de los que mantienen comercio con las musas ó de los que inútilmente buscan la verdad en los libros, pobres arrogancias de nuestra pequeñez, se cifra en esa fuerza misteriosa llamada renombre, sin la cual aullaríamos al igual de los bípedos que engendraron los simios durante el período cuaternario, cometiendo aún otras lindezas de más bulto.

Para muchos, la gloria se funda en tener un entierro lucido, y en ser llevados en letra de imprenta á diario. Otros, más listos, la traducen

en moneda acuñada y en incienso quemado á sus personas, y para los menos, es un Gólgota con su cruz y su calle de la Amargura, amén de los correspondientes clavos.

Martín Luna de Escalada, dió en sacar desarrollado el lado caliente del cerebro, tierno el corazón, flaca la voluntad, y, es natural, amó con exceso y escribió versos: dos cosas dañosas que quitan el sueño arruinando el juicio.

Al contrario de lo que sucede á los danzantes intelectuales, puso entusiasmo en sus pasiones, y no bien le miraron lánguidamente unos ojos negros, pertenecientes á una cara muy guapa de mujer, perdió el discurso y con él su soltería, en cosa de cuatro meses á todo tirar.

Ella gustó de sus versos durante una temporada, que supongo no se alargaría más allá de la luna de miel. Después aficionóse más al dinero que á las coplas, y dijo á su marido que las señoras musas son unas pordioseras, pues mantienen á casi todos sus sacerdotes con imágenes y pensamientos, con manjares de poca substancia para vivir como Dios manda.

Luna, sufrido de suyo, le concedió la razón, y apuntan sus biógrafos, diligentes hasta mencionar el número de espadines que tenía usados y las plumas que tajó, apuntan, repito, que desde aquel día memorable su costilla le trató mal, se condujo peor y no dejó en paz á las nueve vírgenes griegas siempre que venía á cuento.

Los resquemares domésticos le forzaron á componer cientos de poesías, á emborracharse con tinta, y en casi todas encareció hiperbólicamente el amor de la mujer legítima, las dulzuras del hogar, la tranquilidad bonachona del que cuenta con un alma hermana de la suya; todo lo que deseaba salía de su imaginación, escultural en la forma y hermoso en el fondo. Le sucedió lo que á cierto

ingenio alemán: nunca había el tal comido trufas, y las digirió inspiradamente en un poema bucólico.

También celebró el querer de los hijos, y cuenta que tuvo uno contrario á las máximas de la buena cabaillería; mejor dicho, á las acciones ideales que corrigen la condición tornadiza del hombre. Marchó por el camino de la soberbia, adulando con bajeza á fin de recibir mercedes de los altos, lo cual prueba que conocía á los racionales; desatendió á los humildes; no enderezó tueras, y cuidó más de aumentar la hacienda que de conservar la honra. Verdad es que los bienes terrenales pueden verse, y los del ánima no dan ostentación aparatosa ni grandeza material.

Murió de viejo Martín Luna, que era literato y las penas las traducía en material estético, y como discutió cosas que no entendían sus contemporáneos, lo enterraron sin retórica. Nadie cuidó de elogiarle en quejumbrosos sonetos, ni la elocuencia puso en juego los adjetivos fúnebres. Cual las cimas, desplomóse su cuerpo metiendo gran ruido en lo porvenir y sin asustar á las inteligencias miopes de su tiempo.

Cien años después de lo narrado, un erudito dotado de claro entendimiento, *vaya avis*, estudió las obras del poeta, y deseando honrarle, propuso á un ricacho que le costeara una estatua de bronce.

Mi hombre disponía de muchísimas piezas de cobre falsas, y entre perderlas ó fundirlas, que de nada le servían, optó cuerdamente por lo segundo. Las piezas falsas se convirtieron en gallardo monumento, y lo que fué signo de engaño trocóse en símbolo de algo más duradero que la sociedad: en ideas quedaron convertidas.

Con música descubrieron la estatua de Luna; un ministro que sólo leía los papeles-periódicos, y eso al ponerle en las nubes, ensalzó «los versos inmortales del ilustre vate»; el ricacho cosechó abundantes apretos de manos, le apellidaron Mecenas, y aun se susurra que su desprendimiento lo pagó el Gobierno procurando negocio lucrativo, y al erudito no le estimaron su trabajo, enderezado á perpetuar la gloria del desventurado Escalada.

Cumplida la misión de aquellos señorones, que acababan de desenterrar inconscientemente la memoria de un talento extraordinario, acertó á sentarse junto al lugar que ocupaba la estatua un albañil, y sin más requisitos, engulló con buen diente escasa pitanza. A poco llegaron su mujer y su hija, y tanto rieron los tres, el matrimonio, viendo los esfuerzos que hacía la chiquilla para trepar á sus rodillas, y ésta de mirarlos contentos, que D. Martín Luna de Escalada descendió de su trono formado con mármoles, y despreciándose de puro aburrido, exclamó encarándose con el menestral:

—De consentirlo su merced, puede encaramarse á ese pedestal, que él topara con la gloria nada menos y



con la gloria de lo inerte, la única positiva. Si tal hace, ocuparé su puesto temporalmente, y le ofrezco además cuidar de los suyos con amor; necesito disfrutar de la estimación de una familia, pues si la tuve en vida, amargó mis dichas raquíticas y me puso en ridículo. Yo escribí versos, y tú haces más; los grabas, sin saberlo, en dos corazones sanos. Ten lástima, y permite que el genio sea jornalero durante algunos días. He alcanzado que la fama trace mi nombre en las columnas de su templo dorado, y no puedo lograr que nadie lo acompañe á sus recuerdos de cariñosa gratitud. Me faltó lo que la misma naturaleza no niega á la muerte: abrigo y ternura.

El artesano acarició á su hija, y después de andarse con las manos en la cabeza como el que medita, replicó á D. Martín Luna:

—No entiendo de palabras finas; pero, según duzco, los suyos fueron muy perros y le hicieron pasar las de Caín en fuerza de darle mal pago. Estimo la atención, y no la admito. Déjeme simple obrero, que bien vale una estatua el estar contento, y márchese á su casa, que la mía, aun siendo humilde, la ocupan seres unidos por el afecto. Como, si lo tengo, y no acordándome de la posteridad, duermo á pierna suelta; no me desvelan los juicios del vecino y aguardo tranquilo el fin de mis días.

Para mí la vida se reduce á levantar paredes. Su merced se la pasaría inventando primores, y acaso llorando infortunios. La gente ignora que existo, y la ciencia no me ha mirado nunca ceñuda y fría. Tengo lo que necesito; buen humor, una condición resignada y fuerzas físicas que me permiten trabajar.

—Pero no tienes una estatua—objetó Luna amostazado,—ni ha encomiado tus versos un señor consejero sin conocerlos.

—Ni me hace falta—añadió su interlocutor,—que encogiendo los hombros y riendo á mandíbula suelta, le volvió la espalda.

Colocóse Escalada de mala gana en su puesto, acomodóse el sombrero, y mirando al cielo dijo alzando la voz:

—«Señor, al nacer tendió sobre mi ánima su manto la santa melancolía; he sido veraz; en el dolor hallé consuelos inefables; la inspiración concedióme sus dones sagrados; pero no fuí albañil.

De volver á la tierra, no seguiría el camino que conduce donde crece el lauro de oro, no; pediría que me dotaran de un cerebro huero, y de fijo que me iría mejor.»

E. ALONSO y ORERA

## LAS DIVERSIONES

Desde el jueves último no ha habido novedad teatral digna de mención.

*Espectáculos sí.*

Un escándalo mayúsculo en los JARDINES.

Una decepción en el PRÍNCIPE ALFONSO.

Y una *sosna* llamada *Chicago* en COLÓN.

La novedad, el ingenio y el buen gusto de esta pantomima... brillan por su ausencia.

Esto sí que ha sido tardar... y darnos un buñuelo.

RUSIA animadísimo.

### ESLAVA

Ha sufrido... ocho mil duros de reformas.

Esta cifra les hará suponer á ustedes que el teatro está precioso, que tiene infinitas comodidades cuya necesidad se dejaba sentir en años anteriores, y que el empresario (mi simpático amigo Eduardo López), es hombre espléndido que sabe hacer las cosas.

Ya ha publicado su lista de compañía, en la que figuran artistas tan aplaudidos como la Srtas. Pretel,



García de Pinedo, Fuentes y Brú, y los Sres. Pinedo, Banquells, Carrión, Tormo y otros.

Tenemos noticias de que la empresa tiene obras nuevas de las mejores firmas, todo lo cual hace suponer que la temporada va á empezar bajo los mejores auspicios.

Así sea, en bien del Arte... y de los trimestres.

### ROMEA

También abre en los primeros días del próximo septiembre.

Las reformas realizadas allí son verdaderamente milagrosas, porque parece increíble el haberle dado ciertas comodidades á un local de tan reducido espacio.

En el personal hay un nombre... ¡que es un castigo!

Ya se lo diré al oído á los simpáticos socios Yáñez, Ortiz y La Puente.

Tinieblas.





A los baños de la luna  
no viene una chica guapa,  
¡Lo que se dice ni una!

## BUZÓN DE ALCANCE

*Danzarín.*—Madrid.—No sirven. La cuarteta epigramática no la he recibido.

*E. R.*—Idem.—Inocente como ello solo.

*S. L. A.*—Segovia.—En las columnas del número 5 hallará usted la contestación á su carta. Si no... con mucho gusto, porque no está mal hecha.

*A. M.*—Minas de Río Tinto.—Eso es muy interesante... para la aludida. Para el resto de los mortales... ni pizca.

*P. V. G. y S.*—Valdepeñas.—¿Otro soneto malo?... ¡¡El delirio!!!...

*B. B. B.*—Sevilla.—Es inocente, pero no está mal versificada.

*A. W. M.*—Madrid.—Está fuera de ocasión, ¿no le parece á usted? El caballero de quien usted me habla no tiene participación alguna aquí. Buscaré el soneto para archivarlo.

*A. H. S.*—Está regularmente hecho; pero hombre, ¿al tabaco?..

*El de más allá.*—Málaga.—Pasa una cosa; que para hacerle creer á la gente que uno escribe versos, hay que dárselos bien medidos.

*Estrellaa.*—Palma.—Si debe ser alemán eso, hasta por la ortografía, porque ¡kancha con h!...

*Mochila.*—Madrid.—Hombre, la verdad, es muy antiguo.

*Fray Gerundio.*—Idem.—No se puede publicar aquí, ni eso ni nada que fustigue ideales ajenos... aunque sean esos. ¡Ah! y otra vez no escriba usted *tubieras* tan deprisa.

*R. F.*—Coruña.—Sirve la primera, algo rectificada, porque tiene dos versos largos.

*R. G. H.*—Málaga.—Con ligeras modificaciones, publicaré algunos.

*L. R.*—Madrid.—¿Incomodaste y besarte consonantes?... ¡Vamos, no vale abusar!

*E. F. C.*—Idem.—Recibí tu volante. Me reí con él de buena gana. Ven por aquí. Gracias por todo. Manda lo que quieras.

*Dudo.*—Santander.—No tengo inconveniente en publicarlas; pero las tres en *firmas nuevas* con el mismo pseudónimo, no puede ser; escoja usted una. *Marina* entrará en turno para... ¡sabe Dios cuando!

*F. del A. L.*—Linares.—Ni sirven los cantares, ni esos son epigramas, ni *favor* se escribe de ese modo, ni *ago* de este otro, ni debiera usted perder el tiempo tan lastimosamente, ¡palabral!

*F. G. G.*—Madrid.—No sirven.

*D. C.*—Sevilla.—Bueno, está bien; saldrán.

*P. P. Mariani.*—Madrid.—Publicaré algunos.

*K. K.*—Idem.—Incógnito amigo: sueñas unas cosas muy raras, y además te salen los versos cortos, quizá porque los haces soñando también. Demuéstrame que este verso

*Yo le mordí; después vi el cielo,*

es endecasílabo y hablaremos.

*A. de U.*—Mire usted, voy á serle franco: está bien medido, pero no me gusta. Envieme otra cosita (que no sea soneto) y veremos.

*F. H. A.*—Madrid.—El primero está forzadísimo y no resulta,

y el segundo se hizo cuando la expulsión de los moriscos de España.

*P. Ch.*—Idem.—¿Conque sí, eh? Bueno; le advierto á usted que á mí... no me impresiona nada terrible, ni los *versos* que usted me dedica.

*Caifás.*—Córdoba.—Nada, no sirve nada absolutamente. Hijo mío, versifica usted como lo hubiera hecho al día siguiente de su nacimiento.

*S. S.*—Un poco atrasadillo anda usted de noticias poéticas.

*G. A.*—Sevilla.—¿Mi opinión?... Pues más vale que no se la dé á usted.

*El de las 25.*—Idem.—Bueno, entra en turno. El madrigal no sirve.

*Un curda.*—¿Sáficos á estas horas? ¡Hombre, otra cosa! ¡Ah! y anda usted bien de matemáticas.

*A. B.*—Madrid.—Se publicará.

*Ri-ki-ki.*—Sevilla.—Se publicará con algunas ligeras modificaciones.

RIOJA

*FOSDATA.*—La contestación que apareció en el número 6, á las iniciales L. B. O., no era para nuestro particular amigo don Luis Bonilla y Olazábal.

Lo hacemos constar así á ruego del interesado.

## Soluciones del número 6.

A LA CHARADA.—Montera.

AL TRIÁNGULO.—A M A P O L A

M A N I L A

A N I T A

P I T A

O L A

L A

A

## CHARADA

Prima es igual á tercera,  
primera tres son tus ojos;  
los todos que hay en España  
nos dejan á todos, todo.

RAFAEL COLMENA

## JEROGLÍFICO



Solución: el título de una obra dramática muy conocida.



# LA LUNA DE MIEL

## I

### UNA CARTITA DE AMOR

Hay gentes para las cuales, fuera del necio convencionalismo social, nada existe que pueda ser estimable, y para ellas no es virtud la que no se les ofrezca iluminada como estampota de un libro de misa orlada de picos y calados y respaldadas por indulgencias de obispo.

Sea en buen hora, al hacer yo ahora la confidencia de mis mayores dichas, quiero dirigirme á las personas de corazón apasionado y á cuantos reconozcan que lo honrado no está en privarse de los placeres con que á todos nos brinda la naturaleza, sino en no prostituirlos y rebajarlos de su noble forma, haciendo de tan preciosos bienes vergonzosos medios de una brutal degeneración.

¿Cómo puede haber quien llegue á tales aberraciones de la razón y del sentimiento? Nunca me pareció esto tan absurdo como cierta mañana, en la cual me encontré ante el difícil empeño de escribir una cartita concretando en pocas líneas la inmensidad de ideas, de afectos, de esperanzas, de temores y de ilusiones que divertían y mortificaban mi corazón.

Un colegial ó un cadete no hubieran sentido mayores dudas y emoción más profunda al trazar la primera declaración amorosa.

¡Señor capitán; señor capitán defensor de la batería gloriosa en Somorrostro, es usted un mandria; me decía sin apreciar en

ES PROPIEDAD



nada ni mis cruces ni los soberbios bigotes que con pueril fanfarronería militar daba en torcer y retorcer constantemente!

Por supuesto, debo de confesar que la prueba era excesiva; poco me faltaba ya para verme en el caso de mercar un secretario de enamorados, como hubiera hecho mi asistente para dirigirse á la camarera del tercero.

Confieso en mi favor que á escribir me obligaban las circunstancias; no tenía otro medio de salvar las dificultades que se ofrecían á mi nobilísimo intento; á la niña de mis amores ni la dejaban concurrir á fiesta privada ó pública donde me fuera posible hablarla, ni era cosa de presentarme á su ridículo papá sin contar antes con ser bien acogido por la muchacha.

En fin, lo confieso; pensé escribir una cartita y dársela á una de sus criadas con el correspondiente galardón, ni más ni menos que un estudiante enamorado; y dispuesto á confesarlo todo, confesaré que escribí, borré y rasgué treinta esquelas, y á la postre huí de pensar que era el hombre de más obtuso entendimiento de la tierra.—No escribo, se acabó, me dije; además, para qué he de escribir... si después de todo yo no he de casarme. Imposible, imposible parece que un hombre como yo sienta á los treinta años como un mozalvete de dieciocho. En cierto modo, esto podía acusar cierta sencillez de alma que hablaba en mi favor... ¡Dios mío, si cualquiera de esos borradores fuera leído en el cuarto de banderas! pensé, y me pareció oír un coro de risotadas hombrunas en desacordado y mortificante jolgorio de burlas, y ver á mis camaradas en las más cómicas actitudes haciendo escarnio de mi necedad. Después, echado de brues sobre el balcón de mi gabinete que daba á un frondoso jardín, deleitados los ojos con la hermosura de las flores y de los árboles, con el brillante azul del cielo, los juguetones ruidos del agua y píos de los pájaros, apareció la imagen adorada, y no sé qué diablo tentador decía dentro de mí con voz persistente:

No hay motivo para avergonzarse de sentir y de amar, sobre todo, cuando ni uno ha nacido eunuco ni ha gastado la virilidad

NOVELAS CORTAS

# LA LUNA DE MIEL

(SEGUNDA PARTE DE «LA REINA DE LAS PALOMAS»)

POR

JOSÉ ZAHONERO

(ILUSTRACIONES DE ROJAS)

MADRID

BIBLIOTECA DE «LOS APUNTES»

1894



pitán un excelente sujeto, un hombre fino, una persona distinguida... Nada, nada, Consuelito, el día menos pensado... nos sorprende la noticia de que el artillero ha pedido la mano de usted.

—Creedlo, después lo supe, Consuelo se echó á llorar, ni más ni menos, y como lo digo; la pobre niña confesó ingenuamente que tenía un papá muy raro... que á fuerza de extravagancias muy parecidas á descortesías y desaires, había hecho desistir de su intento amoroso al capitán y á ella la había obligado á aparecer como una niña frívola y presumida...

—Y ya ve usted, Marieta, con un hombre formal. ¿Qué dirá de mí?—dijo Consuelo.

Marieta respondió á su natural. ¿Le infundió algún genio malféfico la idea? Obró por ese movimiento de simpatía con que á todo asunto de amor se vibra el alma de las mujeres que aman. ¿Quién lo sabe? Pero no hubiera carta alguna, por muy apasionada y elocuente, llevado mi pensamiento ó defendido mi causa como le reveló y cual por él hubo de abogar la Srta. Palou.

Aquella noche cuando llegué á mi casa me dijo Juan:

—Señorito, ha traído una carta para usted un criado del señor Marqués de Irroguiza.

¿Por qué se sobresaltó mi corazón? Tal vez por ser acometido de un extraño presentimiento. Así el destino arregla y dispone á su antojo cuanto después ha de servir para halagarnos ó para dolernos. La Srta. Palou había tramado una intriguilla... contra mi libertad. La carta era de la Marquesa, invitándome á una reunión de confianza; no acudirían á ella sino personas de la familia: los Sres. de Almendriz, el vicealmirante y yo, que por ser considerado como gran amigo del Marqués, sería la única persona ajena á dicha familia. Me amagaba, pues, algún peligro.

Y al fin hube de arrostrarle.

en la torpe disipación... Tampoco es cosa del otro jueves que alegre el alma la imagen de una jovencita bella de rostro, ingenua, elegante, primorosa en su atavío, discreta en su trato, dotada de un cuerpo esbelto, tentador, incomparable...

¡Hasta me llegó á parecer sensato que pensara en casarse un hombre de mi edad!

Ea, basta de locuras; por todo esto no había de provocar la ocasión; si el señor de Almendriz no quería que hombre alguno se acercase á sus hijas, qué había yo de hacer... bien estaba el santico en su peana... yo no podía dar en esas ridiculeces, propias de un imberbe enamorado... Además, ya lo pensaría yo más despacio; para resolverme no faltaría tiempo; en cambio, para el remedio tal vez no se presentase tan fácilmente lugar y momento, si el remedio llegaba á hacerse necesario. Almendriz era un viejecito activo, había hecho en la banca buenos negocios; era muy caballeroso, muy pulcro, muy devoto, guardaba con celo sus hijas; éste, á pesar de su posición, apartado del trato, vivía y había vivir á su familia en un retraimiento, tal vez sabiamente dispuesto, y era padre de dos lindas muchachas; una de ellas era la que se había apoderado de mi corazón; resultaba, al fin y al cabo, difícil empresa la conquista de cualquiera de las hijas del señor Almendriz.

Lo cierto fué que desistí del propósito de escribir á la preciosa muchacha que había conocido en Burgos y de la cual estaba perdidamente enamorado.

## II

### LAS LECCIONES DE LA SEÑORITA PALOU

Marieta se hallaba á las diez en punto, como todas las mañanas, en el disco de asfalto de una de las grandes farolas que existen á uno y otro lado de la gran fuente de la Puerta del Sol; abotonando los guantes con que abrigaba sus ágiles manos de

\*





pianista, con los libros de música, el pequeño cabás y la sombrilla debajo del brazo, su elegante y serio atavío de profesora, el gracioso sombrero con plumas y velo moteado de un color semejante al rubio de sus cabellos.

Aquella mañana no había tenido tiempo ni aun para tomar la tacita de café con leche que le subía siempre la portera de su casa; tomó unas galletas y medio vasito de jerez, y apresuradamente tomó el tranvía del Hipódromo para llegar con toda puntualidad á casa de los Marqueses de Irroguiza, y tal vez casa de Almendriz; era la profesora de Consuelo y de Antonina; de Consuelo, la niña que yo amaba.

Ella subía por un lado del estribo á la plataforma del tranvía cuando subía yo por el opuesto.

—A los pies de usted, señora Palou—dije saludándola ceremoniosamente.

Me contestó con una amigable sonrisa, no exenta de ese airecillo de discreción con que parecen rehuir toda confianza las institutrices y profesoras de artes.

Tomó asiento junto á un cura francés, por cierto muy colorado y rollizo, y después de mirarme desde las botas al ros, de apartar de mí indiferentemente la vista y de tornar á mirarme de nuevo, tuvo á bien quitarse el velo y enseñar su lindo rostro.

—¿Y los Marqueses de Irroguiza? ¿Va usted á verlos?—la pregunté.

—Sí; hoy me toca la lección de la Marquesa. Están buenos, anoche cantó la Marquesa en casa de Almindexa... estuvo como nunca.

—Es una discípula que honra á usted—dije.

La Marquesa de Irroguiza era tía de Consuelo.

—Verdaderamente así es; su voz, además, es admirable—contestó la profesora.

Luego, impacientándose, dirigió una mirada al cobrador que charlaba muy apaciblemente con un guindilla esperando que estuviese lleno el coche; al fin, tres ó cuatro jovencitos, de botines

—¡Diablo, diablo, ese muchacho es un buen muchacho; apuesto á que huye de mi señor cuñado! ¡Qué idea se le habrá metido á éste en la cabeza! ¿Querrá que sus hijas sean monjas? Pues yo soy viudo, no tengo más que á mi Julia... pero no estoy enojado porque la muchacha se case. No, como yo estuviera en el cuerpo de ese capitán... no me harían melindres ni desaires... robaba la muchacha.

—Papá... qué cosas tienes.

—Lo hacía, como acabo de decirlo.

Cuando entraba la señorita Palou en el hotel de Almendriz, Antonina se hallaba solfando una romanza y Consuelo, que estaba en el balcón y había alzado con sus dos dedos los visillos, como viera llegar á su profesora, salió á recibirla cariñosa y alegre como siempre.

—Marieta, mi querida Marieta, ya está aquí... la profesora.

—He visto á la tía y á Julia y á su papá; la Marquesa me ha dado mil besos para usted; no hemos hecho otra cosa que charlar de usted, y luego en casa del tío lo mismo. Conque vamos á no perder el tiempo,—dijo la señorita Palou, manteniendo entre las suyas las dos manos de Consuelo, y besando después su frente con fraternal apasionamiento.

Antonina era una bella muchacha, alta, melancólica, silenciosa y que no parecía vivir sino para el canto; después que hubo dado aquella mañana su lección, tocóle la vez á Consuelo, y una sonata de Beethoven encubrió el dialogo de la niña y de la profesora, mezclando á las palabras las dulces notas que confundían con ellas de tal modo, que hubiera podido decirse que éstas daban á aquéllas su encanto y aquéllas á éstas el pensamiento. ¡Consortio casual por el que sin duda muchas veces una música despierta en nosotros recuerdos ó ideas que nos parecen como el alma de su armonía.

—He visto á Gabriel; ¡con qué entusiasmo ha hablado de usted! No cabe duda... no cabe duda, Gabriel la quiere. Hemos venido juntos en el tranvía. Ahí tiene usted, á mí me parece el ca-